

Pensar diferente o como si

En cuanto abrió la puerta y vio a su marido al final del corredor, en la cocina casi a oscuras, entregado a la nevera aún en traje, envuelto en resplandor, pateando los perniles y los mocasines como un torpe nadador o el hombre proyectil, Lola entendió que algo muy grave pasaba.

Era habitual encontrárselo bajo el respiradero de la climatización, con su ropa fresca y cómoda de estar en casa, absorto en el televisor apagado. Una escena intrigante, aunque menos convertida en rutinaria. Sin embargo, esa noche ni siquiera había encendido el aire, no se había cambiado y le daba con ansia al frigorífico.

Antes de la gula, Santi vagó con el coche por su apacible barrio residencial. Necesitaba conducir, a la lenta caída de la tarde, por calles balizadas mediante bombillitas en el arcén o en los badenes. Eso le calmaba. Señales de fondo azul. Fanales de forja, pero de plástico. Balastradas graníticas ocultadoras de sillas de ratán. Despeinadas antorchas de lo unifamiliar, esas empresas. Y, de nuevo, estrellitas en lo firme. Ruta del confort, navegación protegida. Silencios japoneses.

Llevaba melancólico unos días. El pasado, el tiempo, la calva, la barriga. Los grandes temas que, en el fondo, le daban

igual. Parte de su disposición neurótica consistía en un talento malsano para angustiarse. Entonces se sentía vivir falsamente, en un *como si* constante: como si le hiciera falta esto, como si necesitara lo otro, como si el amor durase para siempre. Cada *como si* era un dolor hondo, un socavón en el pecho. Cada *como si*, un vértigo íntimo, un derrumbe de troncos y rocas. «La vida y vivir son enemigos —se decía—. Todo a mi alrededor es falso. Todo es mentira. Pero da igual. A todo el mundo le da igual. ¿Es nada esto?»

La suya era la crisis de los cuarenta más larga de la historia de la humanidad, según Lola. Por suerte, no había regresado de la oficina. Lo que iba a decirle —lo que iba a decirle por fin— podría ser su liberación y también la debacle (una más) de su matrimonio. Todo el día con esa presión en las costillas y un reflujo gástrico de origen nervioso. La corporeidad de la preocupación. ¡La maldita acidez! A algunos se les cae el pelo. Otros beben. A los afortunados les da por no comer y se les queda un buen tipito.

—Hola —empezó Lola, dejando con cuidado la mochila en el suelo.

—Ey —contestó Santi.

Sacó un cartón de huevos y cerró la nevera. Atravesaba los visillos, estiraba las rejas en el suelo y en los muebles, la blanquecina luz de las farolas LED. El motor de la nevera empezó a zumbar. Lola encendió la lámpara del recibidor: una claridad cerosa, hospitalaria.

—Hoy tocan mejillones —dijo, quitándose las manoletinass negras.

—Pensaba que era tortilla —contestó Santi.

—¡Siempre igual! Pero es que todavía no... —Al ver a su marido con la chaqueta remangada, la corbata fofa, las faldas de la camisa sobre el pantalón y los carrillos hinchados, le embargó la ternura—. Ay, Santi. Tortilla está bien. Mañana, mejillones. Yo la hago. Cámbiate y pon el aire, anda.

—¿Tú no te cambias? —preguntó Santi.

—Yo no me mancho.

Eso era verdad. Quizá fuera por sus clases de taichí. O quizá fuera el yoga. Martes, taichí. Miércoles, yoga. ¡Y el jueves, zumba! Por eso era lunes. Y sabía que Santi sabía que era lunes. Lola se puso a cascar un par de huevos, a batirlos luego, no porque le diera pereza hacer los mejillones (no conocía la pereza), sino porque veía venir a su marido. «Mejor seguirle el cuento —pensó—, como si no pasara nada».

El *como si* es el gran trampolín hacia el relato de la vida moderna. Podemos aceptarlo o podemos negarlo. Incluso se podría luchar contra él. Por desgracia, nunca podremos vencerlo. Pretender ganar al *como si*, batallar contra su orden, es el paso previo al ostracismo contemporáneo, a la marginalidad, o sea, a la realidad.

A Lola le iba muy bien en su *como si*. Era feliz en su trabajo, como si hubiera que ser feliz en el trabajo; quería a su marido según un intrincado baremo, como si hubiera muchas formas válidas de amor; y se cuidaba, se cuidaba mucho. Hacía todas las cosas que le hacían sentirse bien, como si sentirse bien fuera posible. Si tenía algún momento de debilidad —porque para ella la zozobra era eso, una debilidad—, se tomaba un Orfidal. Después, gloria.

—¿Has visto la ola de calor? —preguntó Lola.

En la tele, la península ibérica se teñía de tonalidades violetas y carmesíes. La presentadora tenía cara de susto.

—Lola, he conocido a alguien —respondió Santi.

Al final del día, un matrimonio es inaccesible a la comunicación. Como las noches prehistóricas, se agota en sí mismo.

—45 grados. ¡Madre mía! —dijo Lola.

—¿No me has oído?

El mapa se violentaba: «La peor ola de calor de los últimos treinta años. Máximas en todo el país». Lola contempló a su

marido, azulado por el brillo del televisor, mientras mojaba los labios en su copa de tinto. La respiración agitada bajo el cuello blanco, abierto, de su camisa. Era menuda y de rasgos pulcros, pero se le estaba afilando el rostro. El pelo castaño, recogido en una coleta altísima.

—Y tú sin poner el aire —sentenció.

—Lola, por favor, escúchame. He conocido a alguien —dijo Santi mientras estiraba el mantel con las manos—. Es alguien que ha venido últimamente a la oficina. Llevamos un par de semanas viéndonos.

—¿A tu oficina? No me habías dicho nada. ¿Y quién es?

—Es un emprendedor. ¡Un visionario! Quiere que sea su *CTO*. No informático. ¡Su *CTO*! Como dicen en Silicon Valley. Él ha trabajado allí. Viene de allí. ¿Te lo puedes creer, Lola? —Santi suspiró profundamente—. Es mi sueño.

España convertida en moratón. Lola separaba la tortilla en trozos cada vez más pequeños, y cada vez más pequeños, con rapidísimos golpes de muñeca, como si pudiera rebobinar, volver atrás, batir el tiempo.

—Otra vez con lo mismo —dijo.

—Sabes que estoy estancado. No puedo seguir así. ¿No confías en mí?

—A nuestra edad, eso sería casi un delito.

—Me ofendes.

—Además, con la que está cayendo. ¿Ahora?

—Tranquila. Todavía no lo he dejado.

De las mimosas llegaban canciones de grillos tristes.

—Ah, bueno. ¿Y cómo se llama? —preguntó Lola.

—Máximo. Se llama Máximo. Me ha dicho que el mundo es de los ingenieros. Que yo no he nacido para reiniciar ordenadores y recuperar contraseñas. Que hay que pensar diferente.

—¿Y quiere contratarte? —preguntó Lola.

—Que necesita a alguien como yo.

—¿Pero va a contratarte?

—Hemos quedado mañana para hablar. No te preocupes.

—¿Para hablar?

—Sí, bueno... Para hablar.

—Tú mismo. Me voy a la cama. Mañana yo trabajo.

Horror en el Limbo

De joven Julia había aborrecido Córdoba con un punto de incompreensión, abocada a un pesar impuesto. Como si la ciudad entera la empujara a un éxodo tal vez caprichoso y, a la vez, ineludible. Tenía que huir. Conocer mundo y conocerse en la distancia. Tomar conciencia de lo que era la vida, pero en otro país. A su vuelta, veinte años después, le entristecía que nadie recordara su ausencia. Sólo ella. Ella se reprendía desde el pasado, desde sus cuadernos:

Esto es un horror, pero es mi horror. Todos nacemos para un horror, el horror que nos es propio. Aquel que nos parece grato superar. Cada fuga se funde en otros espantos; otros que, además, no eran los míos. No me eran propios. ¿Y si las decisiones más importantes las toma el futuro? Nunca he sido libre, porque sólo lo indiferente puede serlo. Y todavía no lo soy. Todavía no soy indiferente. ¿Qué pasará cuando lo sea, cuando no haya nada? Ahora soy, al menos, un ser en este páramo solitario. Ah, Córdoba. ¿No parece sagrado el perfume del azahar en tus callecitas? El caos quiere mostrarse más poderoso en mi ciudad que en ningún otro punto del planeta. El bienestar alegre y sin culpa. La luz del sur como una bendición sobre la dejadez.

Alquiló un ático abuhardillado cerca de la Filmoteca, en plena Judería, al fondo de una calle arrepentida por donde ni siquiera los turistas se atrevían a pasar. Nada había planeado. ¿Qué podía hacer? Leer, ver películas, escuchar música, dar paseos, pensar, ir a museos. Escribir y olvidar. Olvidar y escribir. Y, sin duda, también beber. Sin compañía, sin pretensiones. Tal vez en el Limbo. Seguro que en el Limbo.

Fue una sorpresa que siguiera abierto. La reconfortaron todas las tardes remotísimas que había pasado allí, a solas o con un libro. Su fachada seguía igual: ancestralmente encalada y sin letrero. Parecía una casa más. Y eso era en el fondo, otra casa. La misma puerta de tableros agrietados color verde oscuro. Deslucidas persianas de esparto en los balcones.

Nada más entrar, mezcla de sudor, cerveza y lirios mustios. La tenue luz sobre la barra de mármol, alicatada con un espléndido mosaico blanco y negro. Sonaba esa eterna canción, extrañamente alegre y melancólica. Como siempre, había muchísimos más parroquianos, prietos en la barra, que taburetes. Se escabulló con la cabeza gacha, mirando las baldosas hidráulicas de motivo floral, y giró a la derecha (el bar era una L).

Contempló de nuevo, como nunca antes, la sala con veladores y exquisitos cuadros de formato pequeño, junto a apliques antiguos, y el escenario al fondo con su telón púrpura y presuntuoso. Las mesas, vacías, seguían orientadas hacia las cristaleras con marcos pintados en cian, que daban al patio. Otra representación: un vergel cercado por arriates con palmeras, ficus, palmas del paraíso, aloes y yucas de todo tipo. Las paredes de ladrillo blanco estaban cubiertas de jazmines y otras plantas invasoras que ascendían hacia un rectángulo azul, el límite del éter más bohemio e inmóvil que podía contemplarse en Córdoba. El cielo del Limbo.

Allí pasaba sus tardes Julia. En la mesa más alejada de la barra, tomando copas, notas, leyendo o mirándose largamen-

te en el cristal verdecido. Hasta que un día le pareció reconocer a alguien. No estaba segura, porque entró con un aire entre resuelto y sofisticado que no le recordaba. Como si tuviera una misión o un propósito irrenunciable. El mentón alto y las manos entrelazadas a la altura del pecho. Vestía zapatillas de lona, tejanos azules gastados y un fino jersey negro de cuello de cisne. «Con este calor —pensó Julia—, se estará cociendo». Seguía muy delgado. Incluso más que antes, pero, en lugar del andar nervioso y ágil, ahora su aspecto era desgarrado, excesivamente lento. Además, llevaba gafas. Gafas pequeñas de cristal al aire, redondo y sin montura. Se sentó en la barra y le pareció que pedía una especie de batido vegetariano. Julia se puso el cuaderno en la cara. «Putá casualidad», pensó. Puede que la casualidad sea otra forma de decir «Providencia», «Desgobierno del Mundo».

Máximo entró despistado en el Limbo. Iba de camino a una cita, pero necesitaba tomar algo y que se le pasaran los sudores. Al acercarse a la barra, los parroquianos giraron el cuello todos a una y le miraron con cierto estupor, sobre todo por las pintas y el sofoco que llevaba.

Él ni se enteró. Estaba eufórico. Había encontrado al tipo ideal: cuerpo de lanzador de martillo fondón y cara de decorador de magdalenas. Ojos como lámparas de luz tibia. Boca grande y sonrisa afable. Todo un escudero. Tenía que incorporarlo al proyecto. También estaba agobiado. No podía pagarle. Eso tenía pinta de problema. Bueno, ya se le ocurriría algo. Siempre se le ocurría algo.

Necesitaba gente comprometida, motivada y optimista. Que amara su trabajo. El dinero no era lo importante. Al menos, al principio. Lo importante era hacer del planeta un lugar mejor y hacerlo mejor que nadie. El batido estaba riquísimo. Era increíble. ¡Beber en Córdoba un batido tan sabroso! Como si estuviera en Cupertino. La ciudad estaba lista. Todo empezaba por cambiar la alimentación. Había que volverse

vegano. Que ahí sirvieran esos batidos *detox* era todo un paso. Volvería a ese bar. ¿Cómo se llamaba? Daba igual. Tenía que irse. Abrió la puerta y sintió la bofetada del calor. «¡Esta ciudad es el infierno!», se dijo mientras buscaba, pegado al muro blanco, un trocito de sombra por el que caminar.